

Visibilizando a los invisibles: Importancia del reconocimiento en pediátricos.



Peña Alvarez Brisbane Karim
ADEMEN

21008944@uan.edu.mx

Todos recordamos las veces que tuvimos que acudir al médico cuando éramos niños, así como esa sensación de miedo que hacía parecer que el tiempo se había detenido, volviendo el camino algo interminable. También recordamos esa sensación de ser ignorados por el médico durante la consulta, como si lo que sentíamos y pensábamos no fuera importante, y el médico se centrara únicamente en lo que nuestros padres decían que había sucedido. La clásica amenaza de “si te sigues portando mal, te voy a llevar al doctor para que te inyecten” seguro fue algo que pasaba en casi cada visita al médico, una situación que se volvió común en la vida de muchos niños.

Cada vez que un niño entra a un consultorio médico, acude con mucho más que una enfermedad. Lleva consigo curiosidad por ver todo lo que hay en el interior del consultorio, va con miedo a lo desconocido y con el deseo de ser escuchado y ayudado a sentirse mejor. Sin embargo, lamentablemente no todas las familias tienen la posibilidad de acudir con un especialista cuando se requiere valoración médica, recurriendo a médicos generales en su lugar. Estos, en ocasiones, no saben cómo atender estas situaciones con los niños, ignorándolos y convirtiendo la consulta en un ambiente adultocéntrico.

Esta situación abre la puerta a muchas interrogantes. Por ejemplo, ¿está preparado un médico general para la adecuada atención del paciente pediátrico? ¿Se garantiza la identidad y el derecho a ser tomados en cuenta del paciente? ¿Qué hacemos como médicos generales para evitar generar traumas asociados al personal sanitario? Recordemos que dentro

de los derechos de los pacientes se encuentra el derecho a recibir una atención adecuada, así como el derecho a la toma de decisiones. Si bien no se le puede dejar el 100% de la decisión al menor, sí se le puede ofrecer la consideración de ser tomado en cuenta.

Por lo tanto, me gustaría hacer énfasis en que los niños no son adultos pequeños y no pueden ser tratados como tales. Poseen pensamientos únicos y necesidades especiales que requieren ser atendidas para generar un ambiente adecuado y favorecer la relación médico-paciente.

Relación Médico-Infante

La enfermedad en el paciente pediátrico representa algo más que un simple malestar físico; representa algo desconcertante, representa miedo, representa angustia, así como un gran impacto en el núcleo familiar, lo que puede desencadenar una respuesta psicológica negativa de parte del menor, la cual puede tener un impacto negativo en la evolución de la enfermedad (1, 2).



Según estudios realizados en España, se señala la eficiencia de la inclusión de la pedagogía, así como de intervenciones sociales y psicológicas, ya que se han obtenido resultados favorables en la atención médica, logrando una actitud cooperativa de parte del menor, así como también una reducción en la alteración del estado psicológico (1).

El saber desarrollar una consulta pediátrica es una habilidad básica que cualquier médico debería tener; sin embargo, la falta de exposición a este ambiente hace que no se practique esta habilidad y se pierda. Retomando las bases para lograr el éxito, se debe hacer énfasis en el acompañamiento, así como en el diálogo, permitiéndole que se exprese libremente y escuchándolo atentamente (1).

El rol de los padres

La correcta inclusión de los padres en el proceso de atención de la salud del infante trae consigo diferentes beneficios, ya que representan a las únicas personas conocidas que tiene el menor en el ambiente hospitalario, las únicas personas que pueden brindar un ambiente de seguridad con su sola presencia, por lo que recurrir a su apoyo se convierte en una herramienta útil, logrando así una pronta mejoría física y emocional, y reduciendo miedos y temores (2).

Esta presencia paterna también será de utilidad para el menor, ya que este acompañamiento refuerza lazos fundamentales y valiosos, además de brindar un ambiente de seguridad y afecto, al realizar las principales labores de un cuidador, por ejemplo: cambiar el pañal sucio del menor, el lavado de manos, alimentación asistida en caso de ser necesario, suaves masajes de la piel, control de temperatura, así como también el cambio de posición (2).

COVID-19 y su impacto en pediatría

El contexto de la pandemia de la COVID-19 trajo consigo consecuencias en la atención médica del menor, principalmente asociadas al confinamiento al que se vieron expuestos, así como a la constante exposición a las noticias sobre el desarrollo de la pandemia.

Esto tuvo como resultado un aumento en la sensación de miedo al verse expuestos al ingreso hospitalario, relacionado con la pérdida de familiares mayores que fueron hospitalizados por esta enfermedad (3).

Sin embargo, esto no es todo lo que nos dejó la pandemia, ya que también se detectó entre la población infantil una mayor sensación de aburrimiento y sentimiento de tristeza, lo que trajo como consecuencia un aumento en el tiempo de exposición a pantallas, y por tanto, una mayor exposición a noticias, convirtiéndose en un círculo vicioso que ocasionó un retraso y que se perdiera la confianza de parte del menor en el médico (3).

El juego y la tecnología como herramientas

Para iniciar de nueva cuenta con este acercamiento e intentar recuperar la confianza de los infantes, se tiene evidencia de que la introducción del juego en la atención pediátrica, con el objetivo de reducir el estrés ocasionado, es de utilidad. El juego, además de ser un derecho de los niños, es fundamental para el desarrollo de las áreas cognitivas, afectivas, emocionales y de socialización, siendo clave para la concepción de una atención pediátrica integral (4).

Para lograrlo, se hace uso de juegos que favorezcan el desarrollo de los niños, al mismo tiempo que sirven como auxiliares para explicar al menor alguna condición, como los juegos tradicionales que involucran muñecos, aunque en la actualidad se ha demostrado la eficacia de juegos modernos, como los que involucran herramientas tecnológicas (4, 5).



Servicio de Neuro-Pediatría, adecuando su entorno para la generación de ambientes dinámicos, interactivos y seguros para el paciente pediátrico.

En la actualidad, se sugiere ver a la tecnología como una aliada y hacer que nos sea de utilidad. En el contexto de la consulta pediátrica, la inclusión de tecnología mantendrá al niño ocupado, lo que mejorará el comportamiento de los niños durante la realización de procedimientos médicos, disminuyendo síntomas de depresión, así como también reduciendo el dolor y mejorando la comunicación (4).

Por su parte, el uso de juguetes tradicionales como los muñecos ayudará a brindar calma al menor, ya que estos servirán como ejemplos de lo que se le realizará al niño, previo a un procedimiento, como por ejemplo, antes de una venopunción, al funcionar bajo el método de enseñanza, respetando la autonomía del niño y reduciendo la relación jerárquica adulto-niño (4, 5).

Sin embargo, el juego durante la consulta o la hospitalización infantil aún parece ser un concepto extraño para los profesionales sanitarios, quienes han expresado que jugar no se posiciona como una herramienta de uso frecuente debido al temor a exponer a los niños a infecciones, la preocupación por la carga de trabajo adicional que podría suponer y, finalmente, la percepción de que incluir este tipo de actividades está fuera de la función sanitaria, representando un tabú (4).

Conclusiones

Los niños no pueden ni deben ser tratados igual que un adulto, por el simple hecho de ser niños. Todo es diferente: sus necesidades, sus miedos, sus creencias, incluso su anatomía y fisiología. Tenemos que trabajar para lograr que el menor tome parte de la atención médica, que se vuelva un participante activo, tomando en cuenta a los padres e incluyéndolos, pero sin opacar a nuestros niños.

Es por ello que es recomendable que tomemos conciencia sobre cómo nos sentíamos nosotros y el miedo que nos generaba acudir al médico a esa edad, tomar nuevamente el lugar del menor y así evitar repetir conductas que sabemos son generadoras de estrés en el infante.

En su lugar, como ya vimos a lo largo de este texto, se sugiere generar empatía con el paciente pediátrico, hacerlo sentir escuchado, en un entorno seguro, hablarle a su nivel, y sobre todo, hablar con él, hacerlo sentir incluido y volverlo un participante activo. Para esto, nos podremos apoyar de juguetes, de técnicas de acercamiento con el pediátrico, de los padres, sin que la inclusión de estos sustituya la comunicación directa con el menor.

No hay mejor forma de atender a un niño que atendiendo al niño, no a los padres, no a un adulto pequeño. Es por ello que resulta interesante encontrar una falta de investigación respecto al tema en el país, por lo que existe esta gran área de oportunidad, así como la necesidad de profundizar en ella. De este modo, se podrá iniciar con labores de educación médica continua, así como de concientización entre la población médica que atiende a pediátricos.



La introducción del juguete a la consulta se realiza utilizando el método "Decir, Mostrar, Hacer" (Cortesía de Freepick)